

le esperaba otro ejército igual al suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. Ó renunciar á someter á Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, ó perseverar en la empresa, con medios suficientes para dominar á Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el Libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que desesperado, volvió á su antigua idea de renunciar definitivamente á la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico (16). Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sud-americana, vino á fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrado triunfante á Quito, con el auxilio de las tropas peruano-argentinas enviadas por San Martín. El momento señalado al ligar históricamente las dos revoluciones del sud y del norte, había llegado (véase capítulo XXXV, § VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado, y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sud-americana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicando sus atracciones recíprocas (vease capítulo I, § I).

(16) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 219.

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido, que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas á las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821) escribió Sucre á San Martín: « Un » cuerpo dependiente del ejército del Perú que se levante en » Piura, puede cooperar muy eficazmente á la campaña sobre » Quito, invadiendo por Cuenca y Loja, y penetrar hasta reunirse con la división de Colombia que marche de Guayaquil. » Quito será libre en esta campaña, y me lisonjeo tengan en » ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colombianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar entre » las filas á los libertadores del sud, y estar á las órdenes » de V. E.» (17). Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. « La » desgracia que sufrieron nuestras armas en Ambato (escribía » el 26 de setiembre al ministro de la guerra del Perú) ha » vuelto á amenazar á Guayaquil de un peligro cierto, y estamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte del » país. Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos para » expedicionar sobre Guayaquil; pero con los elementos que » actualmente están á su disposición, no me atrevo á garan-

(17) Ofi. de Sucre á San Martín, de 13 de mayo de 1821. Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 246 y Cat. M. S. núm. 148.

» tizar el resultado. Intereso, pues, á V. S. por la remisión
» de socorros » (18).

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil que permitió ajustar el armisticio de que antes se dió noticia (§ II), unido todo á la inundación del país que paralizó de hecho las operaciones, permitieron á Sucre mantenerse á la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el Libertador se trasladara á las costas del Pacífico con 4,000 hombres para abrir campaña sobre Quito ó el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín, pero abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que, ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Tolrá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó, que á la reapertura de las hostilidades, su posición se haría muy difícil y que no le quedaría más esperanza que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, á fin de ocupar las provincias de Cauca y Loja, colindantes por el sud con el Perú, buscando una

(18) Ofi. de Sucre al ministro de guerra del Perú (Monteagudo) de 26 de setiembre de 1821. Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », página 247 y Cat. M. S. de ídem, núm. 151. — La junta de gobierno de Guayaquil escribía á San Martín después de Huachi, con fecha 19 de agosto de 1821: « Si no se aceleran los refuerzos que con tanta instancia » hemos pedido, la provincia será perdida: 500 hombres por lo menos » deben volar en nuestro auxilio ». Con fecha 17 de setiembre, escribía al mismo, después de Huachi: « Hemos perdido los primeros elementos de » nuestra defensa, tropas y armas. Nuestra vista se dirige natural- » mente á V. E. Es indispensable se digne hacer los últimos esfuerzos » para dirigir á esta parte mil hombres ». (Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, núm. 218.)

base más sólida de operaciones. Á la vez instaba por los auxilios solicitados á San Martín: « El enemigo, — escribía al » Protector desde Babahoyo, — ha concentrado sus fuerzas en » Río Bamba, y según avisos iba á moverse con un cuerpo » de dos mil hombres. Este punto (Babahoyo) no es suscepti- » ble de defensa. Aunque restablecida en cierto modo la moral, » no se han aumentado los cuerpos, sino tan miserablemente, » que una población de 70,000 habitantes apenas ha dado 200 » reclutas, y la ley marcial publicada por el gobierno de la pro- » vincia ha dado por todo efecto la formación de algunas mili- » cias, que no prestan otra esperanza que la de ver hombres » que al aspecto del enemigo desertarían como siempre. Re- » suuelto, sin embargo, como siempre á estorbar á todo trance » que ocupe el enemigo á Guayaquil, por la tendencia que su » posición daría á los estados fronterizos, he pensado defender » algunos pasos que entretendrán el tiempo mientras vienen » socorros del Perú ó de Colombia, y en último caso encerrar- » me en la capital para perecer con ella, pues no confío en su » existencia bajo los medios fríos que se ponen para salvarla. » Las tropas de Colombia no parecen, y acercándose ya el ene- » migo, he creído un deber reiterar mis reclamos por algún » batallón que ponga á cubierto la provincia, mientras llegadas » las fuerzas que vienen de Cauca estemos en actitud de retor- » nar á la ofensiva. Suplico una contestación que nos saque » de la ansiedad en que nos hallamos de recibir algún auxilio » de tropas del Perú para deliberar mis operaciones conforme » á esta esperanza, ó en la negativa aceptar el mejor partido » que nos ofrecen las circunstancias » (19).

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821) sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colom-

(19) Ofi. de Sucre á San Martín de 19 de octubre de 1821. Cat. M. S. cit. de Paz Soldán, núm. 152.

bia. El Libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2.000 hombres, de manera que sólo pudo enviar á Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, á fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito (20). Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bomboná. Sucre no contaba á la sazón sino con 1.300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insuficiente aun para tomar una ofensiva parcial (21). Fué en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito, hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse á su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana, porque « le gustaba más obedecer que mandar y le sería siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general ». Arenales persistió en su renuncia, y fué nombrado para reemplazarle el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban á cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y de tres escuadrones, de nacionalidad pe-

(20) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia » t. III, pág. 188.

(21) Restrepo: « Historia » cit., t. III, pág. 194.

ruana y argentina, que sumaban un total de 1.300 á 1.500 hombres (22). El batallón núm. 4 del Perú, habíase formado sobre la base de la compañía de granaderos del núm. 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipu, y lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El núm. 4 estaba compuesto de peruanos á las órdenes del comandante argentino Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores á caballo del Perú, iban á cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de noventa y seis plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle á la cabeza (23).

(22) Son variadas las cifras de fuerza que se asignan á esta división auxiliar, pero todas sin excepción la hacen ascender á más de mil hombres, y están de acuerdo en cuanto á su composición: — En oficio de Arenales á Sucre de 3 enero de 1821, le dice: « La fuerza disponible de la división del coronel Santa Cruz es en el día de 1.300 y tantos hombres, » y si creen que podrán proporcionar caballos para un escuadrón de 200 hombres, se lo despacharé con la mayor prontitud ». — Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 195 y 208, no obstante reconocer que sin la cooperación de la división « la empresa contra Quito sería perdida », se limita á decir que reunida la división peruana con la colombiana, la fuerza total de Sucre ascendió á 1.700 hombres, además de 300 peruanos que guarnecían á Loja, lo que indicaría que la colombiana no pasaba de 700 hombres, según se deduce de la declaración del mismo Sucre. Éste dice en oficio de 25 de febrero de 1822 al ministro de la guerra del Perú: « Me fué satisfactoria la honra que recibí de S. E. el señor Protector del Perú de auxiliarme con los mil hombres de ese Estado, que se han reunido á la división de mi mando para la campaña de Quito ». — En el « Cóndor de Bolivia », en un artículo escrito por oficiales colombianos que asistieron á esta campaña, se dijo: « Una división de 1.400 hombres del Perú, fué á la campaña de Pichincha ». — Lavalle, en una contestación dada al anterior, bajo su firma, — de que se hará mención más adelante, dice, de conformidad con Arenales: « El Protector del Perú remitió á las órdenes del general Sucre, una división de 1,500 hombres », y detalla sus fuerzas por nacionalidades. — Por último, Ceballos en su « Resumen de la historia del Ecuador », dice: « San Martín estaba comprometido á enviar 1.200 hombres en auxilio de Sucre ».

(23) El concienzudo historiador chileno Barros Arana, en su « Compendio de historia de América », incurre inconscientemente en una

V

La división peruano-argentina, siguiendo el plan de campaña trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida á la colombiana se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sud-americana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile con los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2.000 hombres (24). Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y marzo,

inexactitud al hablar de la composición de esta columna, y especialmente al referirse al escuadrón de « Granaderos á caballo de los Andes », que no nombra y que desnaturaliza, quitando á los soldados argentinos esta pequeña gloria, que atribuye á sus compatriotas; en la pág. 400 dice: « Los jinetes chilenos que enviaba San Martín, renovaron sus cabalgaduras ». En la pág. siguiente 401, se corrige un tanto: « Los granaderos á caballo chilenos y argentinos de la división de Santa Cruz, consumaron la derrota ». Es posible que en el regimiento de granaderos á caballo hubiese algunos « jinetes chilenos », pero el escuadrón que marchó á la campaña de Quito era argentino, como lo indica su denominación de « Granaderos á caballo de los Andes », famoso en la historia sud-americana, y cuya nacionalidad por nadie ha sido desconocida, y menos que por nadie por los chilenos. Esto no quita que la división peruano-argentina de que se trata, aunque compuesta solamente de cuerpos de estas dos nacionalidades, representase la alianza argentino-chileno-peruana, que había libertado al Perú y cuyas armas sostenían su independencia.

(24) Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 196.

dando tiempo al desarrollo de las operaciones que á la sazón abría Bolívar por Pasto, y á la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que muy disminuido alcanzó á incorporársele antes de la terminación de la campaña, á órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse á tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término á la campaña al iniciarse, y dar á los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban á Lima (25). La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito á Sucre. El general colombiano, se negó de oficio á autorizar la retirada, por cuanto hallándose la división á sus órdenes, no tenía comunicación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía á su servicio. En una conferencia privada manifestó á Santa Cruz que estaba resuelto á hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la em-

(25) La orden que recibió Santa Cruz, comunicada por Arenales, es de 13 de marzo de 1822, refiriéndose á otra del gobierno del Perú, y que el primero contestó con fha. 2 de abril del mismo. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LX.)

presa contra Quito era perdida, y el honor de las armas colombianas se amenguaba dejando comprometido al Libertador en su campaña combinada (26).

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en esos mismos días (principios de abril) Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para aconsejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña á la espera de órdenes más precisas (27). Todo

(26) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 208, que se refiere á documentos originales de origen colombiano, pone en boca de Sucre estas palabras: « Alegaba que sería perdida la empresa » contra Quito ». — Santa Cruz en carta confidencial de 3 de abril de 1822, en Cuenca, dirigida á Arenales, le dice: « Un rompimiento no me » ha parecido prudente ni conveniente á la causa general. En el caso » que se halla el general Sucre, si creo que abrazará este partido, por » que de todos modos era perdido. Yo soy testigo de su situación que lo » autoriza para todo; así es que no he extrañado en sus contestaciones, » y en una entrevista que tuve con él, al verlo resuelto á oponerse á toda » costa ». (M. S. Arch. San Martín, vol. LX.)

(27) Ofi. de 2 y carta de 3 de abril de 1822, de Santa Cruz á Arenales, en que dice: « He tocado todos los medios para dar cumplimiento á la » orden, reservando el de la fuerza, por parecerme extremo para vencer » la fuerte oposición que me ha presentado el general Sucre. — Yo no » reflexioné ni debo hacerlo para dar cumplimiento á la orden que debo » obedecer ciegamente; pero como no se me ha dicho que á toda costa, » he temido el último caso: más tarde se hará si se repite la orden con » aquella expresión. — Yo creo que no se me desaprobará haya prefe-

quedó amistosamente arreglado entre Sucre y Santa Cruz, y cuandos pocos días después llegó la contra-orden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (11 de marzo de 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era difícilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2,000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental, eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bomboná, y Bolívar reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía á atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto á reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto y Sucre reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó á vanguardia 1.500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder

» rido un mal á otro mayor, como el de un rompimiento: es verdad » que por no crearme autorizado. En el consejo de una junta de » guerra todos fueron del mismo parecer ». (M. SS. Arch. San Martín, vol. LX.)